

## Paraná y su cultura histórica. Realidad e imaginario ¿Qué sabemos del pasado?

**Amelia Galetti**

FHAYCS/UADER.UCSF

Ex directora de la Rev Hablemos de Historia

### Resumen

Desde la mirada auto-referencial de una generación, ensayamos una explicación de lo que se denomina el territorio de la cultura histórica. Es inquietante saber lo que ocurrió como asimismo rastrear sobre lo que la sociedad cree que ocurrió. El saber sobre el pasado local de la sociedad paranaense nos posibilita aproximarnos a explicar la relación entre el imaginario histórico y las pugnas políticas e ideológicas que se debaten en nuestro presente.

**Palabras clave:** Cultura histórica – Imaginario – Representaciones – Pugnas – Auto-referencial - Metaficción

### Abstract

Beginning from a generation's self-referential standpoint, we attempt to explain what has been referred to as historical culture's territory. It is unsettling to know what actually happened as much as it is to find out society's beliefs about what happened. Our knowledge about the local past of Paraná's society allows us to propose a possible explanation of the relationship between historical imaginary, and the political and ideological struggles that are currently taking place.

**Key words:** historical culture – imaginarium – representations – struggles – self-referential – metafiction.

## El umbral

¿Cómo no interesarnos e inquietarnos por el pasado, si vamos siendo continuamente pasado? Un interrogante que a los historiadores nos desafía a intentar otras formas de acercarnos a la sociedad. No sólo a través de una narrativa densa y tradicional de sucesión de acontecimientos, sino a través de una explicación problemática. Una historia más cercana a las pugnas y preguntas del presente. Este interrogante útil como umbral para reflexionar sobre los vacíos, silencios y tabúes de nuestra sociedad. Un umbral que nos da paso a introducirnos en la cultura histórica de los paranaenses.

## El horizonte de la Historia

En este horizonte inagotable y complejo de la historia, en el que constantemente se van incorporando nuevos campos, enfoques y problemas, como asimismo la historia viene incorporando renovados vínculos con otras ciencias que, a la vez de complejizar el conocimiento del pasado, hacen posible rastrear con otras miradas el ir siendo de las sociedades en el tiempo.

Cómo no fascinarse con la historia cultural que indaga el universo de la fiesta, de la celebración, de la burla... Cómo no interesarnos por el esnobismo, las modas, el sentido de la belleza, la beffa, el lenguaje de los gestos, la cultura de los sueños (Burke, 2000).

Por su parte, el campo que nos abre la cultura política sobre la palabra como instrumento de combate, las fuerzas de poder, la resistencia de “los de abajo”, la cancelación del otro, el opositor, a través del destierro, la proscripción, la persecución, la muerte.

Los tantos mecanismos de la política como el fraude, los contubernios, la traición, la media palabra... La propaganda, prensa, opinión pública... El cuerpo... la salud y la enfermedad, las mentalidades colectivas y el universo cotidiano del hombre común. Lo que desciframos de las formas de la cultura escrita, una riqueza que traspasa lo aparente (Chartier, 2008). Como asimismo la historia del tiempo presente, los ámbitos de lo público y lo privado, el rol ciudadano y tantos otros temas que formaban parte de la historia residual.

También, y ello no es menos importante, estas ciencias nutren a la historia de nuevos aportes teóricos que enriquecen este campo del saber.

Estos últimos franquean, quizás, la categoría científica de la historia, que, si bien en el proceso de reconstrucción del pasado tiene una rigurosa metodología de investigación, la síntesis llega a ser un territorio de interpretaciones diversas. Puesto que la subjetividad del conocimiento histórico depende de cada historiador, de su paradigma de análisis, de sus lecturas, de su universo cultural, de su formación y de su propia mismidad a partir de la cual intenta explicar la otredad. La de otros, de otras coordenadas temporo-espaciales. La explicación del historiador navega en

un denso océano de testimonios, documentos, indicios y del modo de interrogarlos. Y de abordar como un inquisidor cada uno de ellos.

Así es como la Historia como reconstrucción del pasado puede ser considerada una meta-ficción historiográfica (Berezon Gorn, 1999). Vale decir una forma de literatura o narrativa en la que, entre la ficción y la realidad, hay una frontera quebradiza.

En la comunicación de la historia, como última etapa de la metodología de la investigación, el historiador juega en esa frontera. Esto es, un campo del saber que se rige por una metodología de investigación científica, si bien, más que en otra disciplina, entran en juego la hermenéutica, esa capacidad de interpretación que es tan diversa porque comparten la condición humana el sujeto de la historia y el sujeto historiador.

Y también, como hace tiempo dejó de ser la historia sólo con documentos y sin documentos no hay historia, hoy es trabajar con conjeturas, los supuestos, presunciones con amplios márgenes de explicación y de posibilidades interpretativas. Pero, además, como aspirar a la verdad, sólo nos podemos asomar con una importante dosis de humildad y honestidad a lo que podemos llamar una aproximación a aquello que ocurrió. En el conocimiento histórico todo es provisorio, relativo y perfectible. Debemos reconocer que tenemos más interrogantes que certezas en este horizonte tan complejo, así como interesa saber lo que ocurrió, cómo ocurrió y qué llevó a que eso ocurriera en palabras de Hanna Arendt, también, al historiador le interesa saber qué es lo que la sociedad cree que ocurrió. ¿Cuál y cómo es su imaginario? ¿Su mundo de representaciones sobre el pasado? ¿Qué es lo que recuerda y qué es aquello que olvida? Y aquí entramos en un territorio muy basto entre la memoria, las memorias, el siquismo colectivo, es decir, el universo de las mentalidades, las políticas de la historia, los soportes mediáticos, la historia enseñada y también los pocos jirones desvirtuados de la historiografía académica y antiacadémica que bajan a la sociedad.

Otros planos configuran también este espacio y ayudan a comprender el imaginario histórico, tales como la profusión de soportes mediáticos, redes sociales, afiches, textos escolares, los monumentos históricos, grafitis, murales, la ritualidad de los actos conmemorativos, los símbolos.

Todo un universo de representaciones, en general, inconexas y fragmentadas. Sí, debemos reconocer que en el nivel de aquellos diletantes y curiosos del pasado hay una presencia más o menos articulada del pasado.

Este corpus para nada uniforme, ni estático, más bien próximo a lo fáctico, muchas veces anecdótico y especialmente a lo emotivo es lo que se conoce como la cultura histórica de una sociedad.

Es todo el paisaje de saberes, de creencias, ideas, connotaciones y aquello que en palabras e

imágenes asociadas a una situación histórica se graban en nuestra memoria (White, 1998).

Ello es lo que podría configurar la conciencia histórica de una comunidad. Es un juego de recuerdos y olvidos repetidos, transmitidos de generación en generación, instalados y hasta muchos impuestos desde políticas determinadas de la historia. Como asimismo desde ese territorio liberado de los medios de comunicación.

Bien sabemos que las gestiones político-partidarias instalan ya sea manifiesta o solapadamente un relato del pasado.

La cultura histórica es un modo de apropiación del pasado con sólo aproximaciones, también equívocos y distorsiones. Es ese imaginario social que se conforma, fluye y circula como “las verdades” sobre el ir siendo de la sociedad en el tiempo.

Bien podemos decir que es la relación afectiva y efectiva que una sociedad mantiene con su pasado. Como campo de estudio puede ser más abarcadora que la historiografía, porque la cultura histórica implica rastrear los diferentes estratos y procesos de la conciencia histórica. Es decir, ver los medios por los que se difunde, las representaciones que divulga y la recepción que tiene en la sociedad. La recepción depende también de la carga emotiva que inspira el hecho histórico y la sensibilidad de quien lo asimila (Sánchez Marco, 2009).

Esa cultura histórica se instala con naturalidad arraigándose con errores, prejuicios inconscientes y muchas veces densos de emotividad.

La cultura histórica es la forma en la que una sociedad se relaciona con su pasado. Es una manera de construcción del pasado (Rusen, 2020).

Así, encontramos que hay muchas narrativas y enfoques que pugnan por imponerse socialmente. Y ello es interesante porque de esa pugna podemos entrever los dilemas que una sociedad tiene en el presente y poder descifrar sus problemáticas.

Ahora bien, la cultura histórica no es una representación de un proceso, de un continuo histórico, ni siquiera de un momento, por el contrario, es una representación hecha de imágenes sueltas, aisladas, fotos, fragmentos, de retazos de ese pasado. Es más, parafraseando al historiador español Santos Julia al referirse a la investigación histórica densa de temas recortados sin la dimensión de tiempo largo o coyuntural que llamaba las migajas de la historia, con más razón aquí, es una historia pulverizada.

Y así como en las últimas décadas se ha fragmentado la historiografía en Occidente, imaginemos, los tantos retazos sueltos que configuran lo que se llama cultura histórica.

Pensemos un momento en la representación histórica del caudillo en dos regiones de Argentina, en el NOA y el imaginario que sustenta la figura de Facundo Quiroga. Representa el jefe

popular, de masas y multitudes, “bárbaro” defensor de la tradición hispano-criolla, caudillo temerario en el combate y de una montonera de “copiangos”, Tigre de los Llanos por su fiereza en las guerras civiles. Por otra parte, el Litoral, con Francisco Ramírez, el imaginario difiere; si bien es el caudillo, representa una figura más distante de lo popular, si bien, comprometido con la República de Entre Ríos. Un imaginario asociado a faceta romántico-anecdótica de su muerte por salvar del cautiverio a la Delfina en manos de sus enemigos. Se lo imagina como el militar resistente a la hegemonía porteña y menos arraigado a la idiosincrasia popular gauchesca. Hay tantas representaciones históricas como comunidades.

Y detengámonos en esta fascinación por la historia que quizás lleva a un mayor consumo y demanda de historia, para pensar acerca de la cultura histórica de la sociedad paranaense. Sólo rastrear y proponer algunas líneas abiertas a la investigación porque esto también es Historia y porque es un terreno aún por roturar.

Y a manera de ensayo y con la intención de puntualizar algunas líneas, vamos a partir de una auto-referencia. Lo vivido y recordado viene a esta instancia como un proceso de auto-reflexión. Así, entre evocaciones y algunas lecturas que nos han posibilitado desarrollar la conciencia histórica, entramos en el territorio de la meta-ficción, una forma de narrativa cuya frontera frágil y quebradiza entre realidad y ficción nos posibilita iniciarnos en un recorte de la cultura histórica de los paranaenses.

## Rastreando una generación

Nuestra niñez y adolescencia son etapas en las que se van enraizando muchas imágenes, palabras y vivencias que se graban y permanecen consciente y/o subconscientemente.

Mucho más se dificulta hacer otra mirada sobre el pasado, diferente a la representación ya fijada, acuñada de una manera casi catequística e inalterable puesto que prevalecen lecturas de manuales, de textos escolares, de comportamientos instalados y de un orden pedagógico instituido casi como liturgia.

Entonces, me pregunto si acaso ese bagaje de imágenes las hemos llegado a desembalar y procesar.

¿O, tal vez, nos falten los diálogos necesarios o la actitud de apertura para discernir y saber qué hemos hecho con el bagaje recibido?

Soy parte de esa generación que comenzaba y terminaba la formación primaria y secundaria entre dos golpes de Estado, el de 1955 y 1966. Apenas cursábamos un primer grado con los textos en los que figuraban los retratos de Perón y Eva Perón, cuando de inmediato, pasamos a partir del 55, a la supresión de esos libros y la proscripción y negación de esos nombres que habían

gobernado un país y protagonizado diez años de historia argentina.

En continuidad de una formación, el nivel secundario quedaba sellado por los enfrentamientos en las FFAA entre los azules, pro-peronistas y los colorados acérrimos anti-peronistas. Unos y otros veían en el peronismo algo diferente y opuesto. Los primeros un instrumento para frenar el comunismo y los segundos quienes consideraban que el peronismo era pro-comunista al promulgar los derechos del trabajador. En síntesis, un tiempo de proscripción del escenario político y social de un movimiento y un partido.

Estas circunstancias y este tiempo los vivimos en una Escuela Normal, no la de tantas que había en el país, sino la primera de Sudamérica, la icónica Escuela Normal creada por Domingo Faustino Sarmiento en 1870. Su propósito fue la prioridad de la educación popular para todos sin distinción de clase socio-económica. El progreso se cimentaba en la educación.

Así lo era y la Escuela Normal era para todos, si bien los sectores más humildes, ya sean por razones de distancia, de falta de transporte disponible desde sus hogares hasta la Escuela Normal, céntrica y quizás con una pátina de distinción por su carácter nacional. Estos condicionantes hacían de la escuela y para muchos un lugar distante.

Íbamos muchos y de diferentes condiciones socio-económicas. Sin embargo, en esa instancia que comenzaba en el 55, y paso a hablar en primera persona, viví una atmósfera con connotaciones de una mentalidad oligárquico-burguesa que caracterizaba al estamento directivo y en general a gran parte del cuerpo docente. Sí hablamos con cierta precisión al referirnos a “mentalidad” más que a condiciones socio-económicas. Si bien el cuerpo directivo y administrativo estaba integrado por miembros de familias caracterizadas y de tradición conservadora y radical de la ciudad

Pero había una herencia y una matriz histórica pues la Escuela Normal fue el epicentro de la Ley 1420, sancionada en 1882 en pleno régimen roquista y por lo tanto más conservador que liberal. De un conservadurismo con reminiscencias hispánicas, pero mucho más fuerte con influencia filosófica positivista de fines del siglo XIX sustentada en el orden y el progreso del capitalismo.

Y como contenido de ese progreso, nuestras lecturas, lecciones y carpetas expresaban un elogio y distinción a la fuente inagotable del campo, el escenario productor por excelencia. Era la expresión de un modelo agroexportador que siguió vigente. Estas generaciones formadas en ese paradigma, todavía hoy en pie, en su mayoría mantienen la idea de la supremacía del campo como única fuente productora. No lo negamos, pero los intervalos de una economía de sustitución de importaciones han sido pocos. Así lo demuestran las gestiones de Arturo Frondizi, Juan Domingo Perón y las políticas intersticiales de un presente.

Entonces nuestra formación primera se forjó con esa mirada de prodigalidad bucólica del campo, porque en esa mirada estaban ausentes peones, capataces y patrones, llámense hacendados,

estancieros, chacareros. Me atrevo a decir que ese contenido era la plataforma educativa de la “Oda a los ganados y las mieses” de Leopoldo Lugones, escritor que en 1910 publica este oratorio exaltando la riqueza del campo. Asimismo, se destacaba la imagen de abanico que configuraban las líneas del ferrocarril convergentes en la ciudad-puerto de Buenos Aires. Quizás sin tomar conciencia de la hegemonía política y económica porteño-centrista. Hoy, también como grave problema por la ausencia de un auténtico federalismo.

Esas imágenes sobrevaloradas respecto de una política de independencia económica del régimen del 45 que, con sus planes quinquenales de producción industrial y la sanción del Estatuto del Peón de Campo contrastaban con esa imagen bucólica del campo.

Respecto del enfoque historiográfico, dejaba fijado el protagonismo de Buenos Aires respecto del Interior. Una historia protagonizada por la burguesía porteña, icónica del progreso a través de sus diferentes generaciones, contrastaba con la barbarie de caudillos y montoneras que opacaban la idea de civilización. La historia de la supremacía épica de héroes y próceres forjadores de la línea Mayo, Caseros, Pavón, Generación del 80 y Revolución Libertadora (llámese golpe de Estado del 55).

Como en toda acción está presente una ideología, la Escuela Normal se fundaba sobre una ideología, subyacente, invisible para nuestra mirada y sobre la cual no éramos conscientes, pero estaba instalada a través de ciertas nociones que caracterizan al positivismo pedagógico, como la de orden, jerarquía, obediencia, progreso, cumplimiento de una liturgia de los actos patrióticos.

Todo ello se complementaba con el cancionero cuya esencia era la sacralización de la Patria, sus héroes, actos y símbolos. Un repertorio que insuflaba una emoción y un ideario patriótico. Nos convocaban a una identidad nacional. Así, eran de aprendizaje obligatorio las marchas que cantaban glorias a la Patria... Y en esta primera Escuela Normal, la oración sacra por excelencia y recitada como acto litúrgico en algunas oportunidades frente al memorial de su autor, es “Invocación a la Patria” de Leopoldo Herrera. Una oda que a través de figuras retóricas vivifica la Patria, todo un manifiesto:

Ayer el sacrificio, hoy el trabajo, mañana la gloria... Todo por tu grandeza, los corazones que te aman, los brazos que te defienden, los cerebros que te iluminan, la ancianidad que te honra, la juventud que te venera, la niñez que te canta... Inspíranos oh Madre... la abnegación que guardas en las tumbas de tus mártires... Oh Patria inmortal de los argentinos.

Toda esa impronta ha pervivido, con matices de época, en todas estas generaciones hasta la última promoción de 1969. Es así, que este sello normalista caracterizó ostensiblemente toda una mentalidad nutrida de una formación supremacista y tal vez resistente a que la liquidez inva-

lide las permanencias de esos ideales normalistas.

Hoy tomamos conciencia de esa ideología velada, subliminal. Tanto es así que aún se sigue pensando en ese tiempo del “normalismo” pedagógico como un momento de ausencia de ideología y que la ideología como una plataforma negativa y de adoctrinamiento surgió y sigue estando en esa otra línea que nos enseñaron a negar y a opacar y que se llama peronismo. A opacar como una línea política e ideológica desestimable y descalificable. Aquí podemos obviar las motivaciones que argumentan sus descalificadores.

Es tal la influencia de ese sustrato conservador, que hoy es inadmisibles para unas cuantas generaciones vigentes, que el icónico y emblemático edificio de la Escuela Normal sea cubierto de afiches políticos, de propaganda ideológica y del testimonio fotográfico de personas desaparecidas por la dictadura militar del 76.

Acaso los espacios de formación secundaria y universitaria, ¿no son los ámbitos apropiados para aprender a debatir?

Esos contrastes se viven como una pugna en el presente. Así es lo que veo, escucho y vivo. La pugna de la impecabilidad pedagógica “asépticamente correcta” versus el adoctrinamiento populista.

Como, asimismo, el sentido de territorialidad, de región provincial, estuvo un poco desdibujada como contenido de esa formación normalista.

Es decir, el “normalismo” estuvo identificado con la historia Nacional (Piora, 2019). La historia de Entre Ríos no era contenido curricular en sí, solo se nombraban algunos protagonismos en función de la historia argentina.

En fin, podemos decir que Paraná es una ciudad conservadora, lo sigue siendo como centro de una formación y de una historia comunicada que formó una mentalidad y una identidad. Pero esta identidad va cambiando y va cambiando con el paso del tiempo, con la historia.

Tal es así que, desde hace varios años, vivimos un fenómeno de una nueva mirada, de revaloración de nuestro pasado. Podríamos decir de renovación porque hay un resurgir tanto de la historia regional como de la historia local, que forma parte de ese boom historiográfico que hace más de veinte años la historiografía argentina y también la latinoamericana comenzó a trabajar.

## Una postal de singularidades

Y aquí pasamos el umbral de la ciudad para describir una particularidad geo-histórica de la Provincia de Entre Ríos. Una singularidad de fronteras naturales, un continente, una gran isla sólo unida por aproximadamente 36 km. de tierra con el resto del país entre los ríos Guayquiraró



y Mocoretá. Relacionada con esta singularidad encontramos una provincia configurada por dos bandas, la del Paraná y la del Uruguay. Esta división además de geográficamente contundente, se explica a través de un entramado histórico traducido en el campo de las representaciones del pasado, es decir en la cultura histórica que difiere en cuestiones puntuales.

Podemos valorar que en la costa del Uruguay se manifiesta más un sentido de territorialidad, de pertenencia enmarcado en la región. Mientras que en la Costa del Paraná, se nos dificulta particularmente, ver en la sociedad una conciencia de región, de territorio provincial.

Veamos otros ejemplos, la conciencia del fenómeno caudillista está mucho más presente en la costa del Uruguay, con un conocimiento y un interés más focalizado en los principales caudillos cuyos protagonismos han sido clivajes en la historia argentina. Hablamos de Francisco Ramírez, José Gervasio Artigas y Justo José de Urquiza.

Y haciendo una fugaz comparación con Paraná, la sociedad paranaense ha distanciado un poco su vínculo con los caudillos.

El imaginario sobre Ramírez está asociado el término de caudillo, a una figura romántica que muere por salvar la vida de la Delfina o la llamada traición de Ramírez a Artigas con la firma del Tratado del Pilar de 1820.

Reconocemos además que las dos instituciones educativas pilares de ambas ciudades han tenido paradigmas curriculares nacionales.

No obstante, la Escuela Normal ha sido más omisa al reconocimiento y valoración de protagonismos provinciales, mientras que, por su parte, el Colegio del Uruguay, se ha consustanciado con los caudillos icónicos provinciales como los que recién señalábamos.

Claro que señalamos, los tres líderes del siglo XIX nacieron en la Costa de Uruguay. Por otra parte, existe una representación de los uruguayenses auto-identificados con su ciudad como “Cuna de la Organización Nacional”, en cuanto el Pronunciamiento de Urquiza de 1851 en virtud del cual Urquiza, gobernador de Entre Ríos acepta la renuncia de Juan Manuel de Rosas, a la sazón gobernador de Buenos Aires, al manejo de las Relaciones Exteriores de la Confederación, se promulga en esa ciudad.

También se autodefine como “La capital histórica de la Provincia de Entre Ríos”, hasta que, en 1883, Eduardo Racedo establece la capital definitiva de la Provincia en la ciudad de Paraná.

Pero a su vez, Paraná, ha sido capital de la Confederación Argentina entre 1854 y 1861, al separarse Buenos Aires del resto de las Provincias. Una coyuntura significativa que la sociedad paranaense comenzó a incorporar hace pocos años, como parte de su conciencia histórica. Como instancia de esa toma de conciencia, se construye, adosada al edificio de la Municipalidad, la Plaza

de la Confederación. Si bien, creo que aún hoy la sociedad sigue distante cerca de la valoración de Paraná como capital de lo que era el país hacia mediados del siglo XIX y mucho más, del rol que tuvo Entre Ríos en la Historia Nacional (Galetti, 2010).

Reconocemos que en los últimos años se ha dado un interesante movimiento desde ámbitos oficiales y otros espacios públicos no oficiales, respecto de la importancia del protagonismo de Ramírez y de Artigas... Se han publicado desde la Editorial de Entre Ríos libros sobre El Supremo Entrerriano con historiadores de Paraná y de Concepción del Uruguay, acciones orientadas a su divulgación.

El estímulo e interés continúan con la producción historiográfica de un equipo de investigación abocado a vida y acción de José Gervasio Artigas, valoramos esa toma de auto-conciencia.

Respecto de Francisco Ramírez hay un imaginario muy difuso sobre su así llamada “actitud traidora” hacia Artigas. Es decir, es un imaginario reiterado que carece de una mejor interpretación histórica sustentada en una lectura de las fuentes epistolares entre ambos caudillos. Asimismo, el halo de romanticismo que rodea la relación de Ramírez y su gesto de amor que lo lleva a su muerte por salvar la Delfina; en ello hay mucho de mito y pocas evidencias.

Reiteramos que estamos esbozando líneas sobre la cultura histórica de una sociedad. En ese plano, la representación de Ramírez oscila entre el desconocimiento historiográfico, puesto que hay producción interesante sobre la corta vida política y militar del caudillo y la tendencia, como en toda sociedad, de dar cabida a aquella información que toca lo emocional.

Sí y de una manera muy enfática debemos decir que la historiografía académica provincial tiene una prolífica producción de aportes sobre la Historia de Entre Ríos. Los trabajos de la cátedra de Seminario del Profesorado de Historia de lo que fue el Instituto Nacional Superior del Profesorado han sido muy fecundos al respecto, si bien en las currículas de los Institutos de Formación Docente no figuraba la historia regional. A partir de la creación de la UADER, la historia regional ha pasado a ser espacio curricular del Profesorado y Licenciatura en Historia de la Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales.

Pero en esta atmósfera de reivindicación de Ramírez, también lo encontramos en la dramaturgia, con la puesta en escena de algunas obras que ayudan a canalizar el historial de los caudillos, por ejemplo “Yo El Supremo” de Mario Martínez.

En Paraná hay una identificación más orientada al protagonismo de Justo José de Urquiza. Así es como el Himno de Entre Ríos, símbolo importante de una entidad provincial finaliza con versos muy elocuentes: “Para hacer de la heroica Entre Ríos, la Entre Ríos que Urquiza soñó”.

Destacamos el diletantismo de muchos entrerrianos y particularmente paranaenses conocedores ilustrados sobre vida y acción de Urquiza y su protagonismo como sinónimo de organiza-

ción y constitución.

Y aquí nos atrevemos a puntualizar que la representación de Urquiza está asociada más a la batalla de Caseros de 1852 cuando Urquiza vence a las fuerzas de Juan Manuel de Rosas y si se neutraliza respecto de la batalla de Pavón de 1861, que es la expresión de la retirada de Urquiza del campo de combate y en situación triunfante, entregando el triunfo a Bartolomé Mitre. Como en toda explicación histórica, encontramos diferentes interpretaciones. Ya sea de favorecer la causa de unidad nacional después de ocho años de secesión, de no continuar derramando sangre de compatriotas, hasta la actitud de traición de Urquiza a la causa federal.

En esta predilección por la figura de Justo José de Urquiza ha influido toda la significativa producción historiográfica de la profesora y académica Beatriz Bosch.

En esta pugna historiográfica y en contraste con la idealización de Urquiza, encontramos sectores adherentes al Radicalismo Entrerriano quienes destacan al otro caudillo, Ricardo López Jordán, quizás no reconocido como tal por la mayor parte de la sociedad.

Estos radicales actuales se identifican con “los boinas blancas” del Mitin de 1889 cuando al fundarse las bases de la Unión Cívica, más tarde Unión Cívica Radical, usaron boinas blancas que devinieron en el símbolo de resistencia a todo “unicato”, en aquel momento al Partido Autonomista Nacional... y por asociación retrospectiva su identificación con los jordanistas, quienes, según algunas versiones historiográficas, cancelan el protagonismo de Urquiza, el único caudillo desde 1842 hasta 1870.

Pasando a otra manifestación interesante de la cultura histórica y al mismo tiempo memoria emergente en nuestra ciudad, es la celebración de la presencia de la cultura africana. Con bailes, tambores y comparsas como reminiscencia de la población negra en el Barrio del Tambor, zona circundante de plaza Alvear, iglesia San Miguel y cortada Baucis se rescata un aspecto de nuestra historia social soslayado. Es la rememoración y puesta en valor de la cultura afro-litoraleña, memoria de “los de abajo”, ese tramo de la historia residual, que permaneció al margen de la historiografía académica regional, excepto evocada fragmentariamente como anecdótico episodio de nuestra historia. Esta conmemoración emerge de una decisión política desde la Secretaría de Patrimonio Cultural y del Museo Antonio Serrano.

Otro debate estuvo centrado en la década del 80 en un volver a develar la existencia de los túneles de la ciudad que conectaban diferentes edificios públicos y zona de Bajada Grande, costera del río Paraná. Una versión con testimonios carentes de certeza que difunde la hipótesis de ser antiguas construcciones jesuíticas.

Este tema llevó a una movida mezcla de curiosidad popular y de controversias entre los académicos reunidos en la Junta de Estudios Históricos y los diletantes de la historia. Sin embargo,

la hipótesis circuló puesto que la rodeaba un aire de mayor misterio y de aquello que se oculta.

Quizás podemos verlo como una faceta más de “lo que no se dice”, de “lo no develado”, de la “historia secreta”. Es indudable que esas versiones impactan y atraen el interés de la sociedad. Debe ser porque el pasado se ve y se piensa en términos conspirativos o también, para algunos, como mera curiosidad.

La sociedad de Entre Ríos, como muchas, para nada es uniforme, por el contrario, existen matices interesantes en pueblos y en ciudades. En un brevísimo paneo por la provincia, vamos registrando ciertas singularidades. Así, en Nogoyá, su cultura histórica está estrechamente vinculada con la Virgen del Carmen y su celebración el 16 de julio. Su festividad es una convocatoria unívoca y plena de la sociedad. La devoción está ligada a la parroquia del Carmen que se crea en 1782 dando origen a la ciudad homónima. Una procesión multitudinaria reúne a católicos, ateos, agnósticos, a la alta clase social y a los sectores más humildes, siendo todos una comunidad bajo la advocación de la Virgen. Esta connotación la vemos en la historiografía, que convoca a recrear la historia de la Iglesia en Entre Ríos.

Si bien Paraná no tiene ni acto ni acta fundacional surge con la creación de la parroquia de la virgen del Rosario en 1730. Bien sabemos que en nuestra Provincia, como en tantas otras, los orígenes de ciudades están asociados a los cascos de estancia, creación de parroquias, postas de enlace y estaciones de ferrocarril. Así, son, además de Nogoyá, las ciudades de Victoria con Nuestra Señora de Aranzazú y Paraná con la Virgen del Rosario. Sin embargo, destacamos que estas últimas advocaciones no tienen la fuerza convocante como lo es la Virgen del Carmen en Nogoyá.

Por su parte, Villaguay, ciudad mediterránea que surge como posta en la comunicación entre las dos Bandas, fue configurando una identidad en base a una peculiar inmigración puesto que es escenario, como pocos, del asentamiento de judíos y de belgas... Como, asimismo, es una localidad muy costumbrista pues rescata protagonismos cotidianos como el de la Carreta de las Michelena, el farolero, Crispín Velásquez, soldado de Urquiza y considerado caudillo regional.

Por otra parte, en la ciudad de Santa Elena, sobre la costa del Paraná, su cultura histórica está asociada al frigorífico de los ingleses que constituyeron desde 1871 todo un emporio industrial ganadero y comercial de la carne, con barcos y puerto propios. Una ciudad que tuvo un boom y que luego devino casi, podemos decir en una ciudad opaca y casi fantasma.

Colón, a su vez, muy vinculada a la inmigración suiza y alemana encuentra su identidad en la colonización desde 1857. Su nombre está asociado con la cercana Colonia San José y Alejo Peyret, un francés occitano que trajo inmigrantes, cultivos y tecnología.

Y en esta continuidad y refiriéndonos a otra variable de la cultura histórica, hacemos una referencia respecto de la nomenclatura de calles en este espacio que más conocemos, la ciudad de

Paraná. En ello hemos transitado algunas fuertes contradicciones, propias de la cultura histórica, ya que ésta suele ser incoherente y móvil y cambiante según los momentos políticos. Así, la avenida más importante de Paraná que cruza de norte a sur la ciudad, en un tiempo hace quizás más de 70 años mutó su nombre en el lapso de pocos años, primero Adolfo Alsina, luego Eva Perón, para más tarde hacia 1956 retornar a su nombre primigenio Adolfo Alsina y con la inauguración del Túnel Subfluvial en 1969 pasó a denominarse Francisco Ramírez. El nombre del caudillo un poco neutralizado en Paraná.

En otro ejemplo, Avenida Rivadavia que termina en el Monumento a Urquiza en el parque que lleva su nombre, hace unos años cambió su nombre por Alameda de la Federación. Quizás tendríamos que preguntarnos ¿qué dice, qué significado histórico tiene este nombre para la sociedad paranaense? Tal vez, en este mundo de representaciones se lo asocia con la Federación Rosista, con la memoria de la Confederación Argentina presidida por Justo José de Urquiza o si, por el contrario, como debería ser, con la defensa del espíritu federal de los caudillos entrerrianos.

Para citar otro ejemplo, los límites primeros de la ciudad de Paraná, están diciéndonos algo, ya que el límite sur es el único que lleva el nombre de un gobernador entrerriano, el de Eduardo Racedo. Mientras que el norte era y continúa siendo Boulevard Mariano Moreno y cuya continuación es Bartolomé Mitre, mientras que el Este, como decíamos fue Adolfo Alsina y el Oeste sigue siendo Boulevard Sarmiento.

En un largo presente, estamos viviendo el resurgimiento de una inquietud e interés por retomar nuestra historia provincial a través de más medios y soportes de divulgación. Además de lo mucho que se hace en los museos de la provincia.

Respecto del rescate histórico cultural, los diferentes centros de la provincia aún con políticas y programas de rescate, no contaban con gente muy dispuesta a ello. Así, en los encuentros y diálogos por el rescate histórico, se dialogaba con muchas personas de cada localidad, algunas con cierto arraigo y entusiasmo por su historia y ancestros, otras con cierta reticencia y dudas y/o de indiferencia hacia el pasado. Más bien era algo que no les interesaba... En los últimos tiempos, con una nueva semántica histórico-cultural impulsada por algunas decisiones políticas, comenzaron a “poner en valor” algunos lugares de la memoria. Últimamente en algunos departamentos de la provincia se ha integrado una red de grupos de investigación para rescatar la religiosidad y la historia de las parroquias. Interesante porque tiene una relación con el campo de las mentalidades colectivas, en el que el sentido y las prácticas religiosas adquieren una significación para comprender los valores religiosos de una sociedad (Clavenzani, 2023).

Así, lo vivimos en Paraná, con la puesta en valor de la Estación de Ferrocarril, algo de Puerto Nuevo, la Escuela Normal, la Escuela del Centenario, la creación del Museo Eva Perón, museo y restauración de la Casa de Gobierno, la Vieja Usina, la Casa de la Cultura, Sala Antequeda y los

museos con muestras itinerantes. Como asimismo hay un Inventario Histórico-Arquitectónico de toda la Provincia. Aún falta mucho.

Pero podemos decir que estas puestas en valor dependen de algunas gestiones de gobierno. Ya sea por genuinas políticas de restauración y preservación, como también por intereses circunstanciales.

Coincidentemente, estas puestas en valor son concreciones de los últimos veinte años, traducidos en gestiones de gobiernos peronistas. Y nuevamente retornamos al concepto de cultura histórica para no perder el meridiano de nuestras reflexiones. Las políticas de la historia que tienen que ver con puestas en valor, rescate de los lugares de la memoria, son un componente importante en la configuración de la cultura histórica de una comunidad.

El interés por la vida cotidiana, costumbres, valores, sentido de la vida y del trabajo, recorriendo calles, haciendo hablar a esos tantos protagonistas silenciosos y rescatando la voz de los sin voz convoca en Paraná, a diletantes del pasado. Es la mirada del hombre común, del anónimo y también del referente de un barrio, de un hecho, de una costumbre. Un rescate de esa memoria oral hecha en formato de colaboraciones periodísticas y libros que compendian interesantes relatos, salvando pequeñas historias del olvido. Compiladora de esa oralidad es la profesora Griselda de Paoli de Bellmann (De Paoli, 2022).

Este campo de la cultura histórica nos invita a un territorio con un horizonte muy amplio de investigación. Así como la tarea del historiador es permanentemente poner en duda certezas instaladas por el principio de autoridad y cuestionar la categoría de veracidad, así también, se ha iniciado este otro campo muy estrechamente vinculado a la historia del psiquismo colectivo y de la historia cultural que abre un paisaje interesante. ¿Qué es lo que la sociedad cree que ocurrió?

La cultura histórica, el poder descifrarla nos ayuda a explicar y a explicarnos a nosotros mismos. La historia deviene una forma, una vía de sicoanálisis social. Por una parte, comprender cómo venimos siendo a través del tiempo y, además, entender cómo creemos que vamos siendo. La historiografía nacional ha tenido y continúa teniendo una poderosa narrativa que la historiografía de Entre Ríos muy lentamente va desplazando.

A modo de cierre, pero en continuidad, reiteramos las palabras de Ivan Jablonka que es “necesario que un texto sea un entramado de diferentes aportes disciplinarios, diferentes experiencias de saberes, de escrituras...” (Jablonka, 2016, pp. 124-132). Entonces, los historiadores debemos construir un texto más sensible, más vibrante, más “touchant”, una narrativa que se arrime y toque la vida.

## A modo de palabras finales

Este paisaje de la cultura histórica de una sociedad nos induce a profundizar sobre la epistemología de la historia y ampliar mucho más el alcance de la palabra conocimiento y aún más de la expresión verdad histórica. Como dice Giorgio Agamben que la imaginación es una forma legítima de conocimiento. Por ello, el imaginario, como corpus de imágenes no siempre coherentes y guionadas, que una sociedad tiene sobre su pasado, es una manera de apropiarse de ese pasado. Y ese paisaje de representaciones que tenemos pueden cambiar o pueden quedar suspendidas, inalteradas e inalterables. En este campo de la cultura histórica la verdad, lo que se cree que pasó, lo que también se vivenció y permanece como memoria tiene una consistencia emocional (Agamben, 2018). Además, la historia también se detiene en el mito, esa mixtura de realidad y fantasía...

## Bibliografía

- Agamben, G. (2019). *Infancia e Historia*. Buenos Aires: Ariana Hidalgo Editora.
- Berenzon Gorn, B. (1999). *Historia e inconsciente*. México: El Colegio de San Luis Ediciones.
- Burke, P. (2009). *Formas de historia cultural*. Madrid: Alianza.
- Cattaruzza, A. y Eujanian, A. (2003). *Políticas de la Historia. Argentina 1860-1960*. Madrid: Alianza.
- Danto, A. (1989). *Historia y narración*. Barcelona: Paidós.
- De Certeau, M. (2007). *Historia y Sicoanálisis*. México: Universidad Iberoamericana.
- Delacroix, C., Dosse, F. y García, P. (2010). *Historicidades*. Buenos Aires: Waldhuter.
- De Paoli, G. (2022). *Paraná crisol de memorias*. Paraná: La Hendija.
- Duras, M. (1992). *Escribir*. Buenos Aires: Tusquets
- Sánchez Marco, F. (2009), "¿Qué es la cultura histórica?", disponible en: <https://culturahistorica.org/es/cultura-historica/que-es-la-cultura-historica/>
- Ferro, M. (2002). *Los tabúes de la historia*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Galetti, A. (2010). *Entre Ríos, clave de la historia argentina*. Paraná: Editorial de Entre Ríos.
- Ginzburg, C. (2020). *Aun aprendo*. México: FCE.
- Hall, S. y De Gay, P. (2006). *Cuestiones de identidad cultural*. Madrid: Amorrortu.
- Iggers, G., "Cómo reescribiría hoy mi libro sobre historiografía del siglo XX", en Pedralbes. *Revista d'Historia Moderna*, 21, s.f.
- Jablonka, I. (2016). *La historia es una literatura contemporánea*. Buenos Aires: FCE.

Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.

Jitrik, N. (1995). *Historia e imaginación literaria*. Buenos Aires: Biblos.

Pasamar, G. (s.f.). *La historia contemporánea. Aspectos teóricos e historiográficos*. Madrid: Síntesis.

Priora, J. C. (2009). *La educación, una responsabilidad de todos*. Buenos Aires: Amalevi.

Ranciere, J. (1993). *Los nombres de la historia*. Buenos Aires: Nueva Visión Ediciones.

Sabarra Mitre, O. (2005). *Memoria e identidad*. Buenos Aires: Quinqué.

Rico de Sotero, C. (2006). *Relecturas de Michel de Certeau*. México: Universidad Iberoamericana.

White, H. (1992). *Meta-historia. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. Buenos Aires: FCE.